

MIHAILO MARCOVIC LA HETERODOXIA YUGOSLAVA

RETRATO

Marcovic visitó a Costa Rica recientemente. Ocasión excepcional: un congreso de futurólogos. Aprovechamos unas horas para conversar con él. Es riguroso, y muy afable detrás de cierta aparente tosquedad. Es un hombre que piensa al marxismo sin ataduras dogmáticas.

Nació en 1923. Durante la guerra se bate en las filas partisanas. Estudia filosofía de 1946 a 1950. Asistente en la Universidad de Belgrado (lógica, epistemología de la ciencia), su espíritu crítico queda marcado en su primer libro, 1951, donde se querella contra la interpretación del marxismo en la URSS: el marxismo oficial, representado también por funcionarios yugoslavos, es un pensamiento dogmático, degenerado, que ignora muchas ideas democráticas de Marx.

Con otros colegas de Zagreb trabaja sobre preguntas fundamentales del marxismo como la libertad, la emancipación, la enajenación, a la busca de nuevas ideas y por el desarrollo de ciencias sociales críticas y humanistas. El anquilosamiento ideológico también se debe contrapesar con la investigación sobre la ciencia.

Siguen después, entre 1953 y 1956, el doctorado en Londres con Ayer: *El concepto de la lógica*, y dos series de libros, posteriormente, sobre la filosofía de las ciencias, el formalismo en lógica-dialéctica y la teoría del significado, por una parte, y, por la otra, sobre las preguntas fundamentales del socialismo democrático, el socialismo que se autoadministra, el Marx contemporáneo, el socialismo democrático.

En 1950 el debate se amplifica en Yugoslavia. Hay dos grupos: el ortodoxo prosoviético, y el de los que se elevan contra el dogmatismo y por el libre desarrollo del pensamiento marxista dentro de un país socialista y que se interesa también sin prejuicios por otras corrientes contemporáneas como la fenomenología y el existencialismo. En 1960 se discutió sobre la teoría del reflejo, tosca interpretación dogmática del arte (recientemente revitalizada en la URSS, por cierto), con una derrota de los dogmáticos. Los filósofos críticos fundaron entonces en 1963 la Revista *Praxis* y la Escuela de verano de Korchula, en cuyas actividades colaboraron figuras relevantes como E. Fromm, H. Marcuse, L. Goldmann, E. Bloch y J. Habermas. *Praxis* criticó las tendencias burocráticas en Yugoslavia, el dogmatismo inmovilista. Al cabo de tres años fue atacada por funcionarios, pero se la toleró por nueve años más aunque hubo de constituir el centro de la crítica

independiente de los grandes problemas yugoslavos e internacionales. El régimen intervino finalmente en 1967 y acabó tanto con la Revista como con las actividades en Korchula. Los profesores fueron suspendidos de sus cátedras por exigencia de Tito, irritado ya con el movimiento estudiantil de 1966 que atacaba directamente los privilegios.

Los intelectuales disidentes de otros países socialistas han debido emigrar, mostrando con ello el carácter doctrinariamente constringente del socialismo real. Los yugoslavos, en cambio, han permanecido en su país y, no sin debate y dificultades, han resistido ahí, internamente, trabajando por una sociedad democrática. Esta condición particular ha permitido el relanzamiento de la nueva serie de *Praxis International*, dirigida por Mihailo Markovic y Richard J. Bernstein, publicada en Oxford y con un consejo de redacción internacional. Gracias a esta Revista, muchos intelectuales que viven en un país socialista pueden dar a conocer hoy día sus textos en el extranjero.

Nuestra conversación con Marcovic se centra ahora en la cuestión teórica. "Marx no es un santo", dice. Marx está limitado por su época; su acento en lo económico como determinante de la historia es demasiado grande. El pensamiento yugoslavo no acepta que se deba ir por un período, incluso breve, a la dictadura del proletariado ni que el socialismo se deba construir desde un partido autoritario hostil a la pluralidad del pensamiento. En Marx ve, por otra parte, una base filosófica para la teoría crítica que no solamente interpreta y aclara, sino que también descubre los límites esenciales de la sociedad, para cuya superación investiga los medios. El fundamento de esta crítica es un compromiso ético que está expresado en todos los textos de Marx: crítica a la enajenación, a la dominación, y un imperativo categórico para superar las condiciones humanas donde el hombre sufre opresión. El pensamiento de Marcovic va aún más lejos: la lucha de clases no es el único conflicto que actúa en la historia. Hay otros: los de razas, sexos, grupos, naciones —nada de esto se reduce simplemente a aquello. El socialismo se ve como una posibilidad de emancipación y creación del movimiento social pluralista y democrático, con autodeterminación a toda escala, tanto en las microestructuras donde se vive y trabaja como en la sociedad global, para lograr más justicia.

El pensamiento crítico yugoslavo sostiene que en la

historia se dan muchas posibilidades simultáneamente, mientras que Lukacs, por ejemplo, habla del partido y del proletariado como si viviera aún en el siglo XIX. Marcovic piensa que no sólo los operarios constituyen sujetos de cambio social, sino también las razas, los pueblos y otros. Tampoco acepta que el partido (piénsese en el modelo soviético) sea la forma justa de la organización política para una sociedad sin clases. Como los partidos se interesan substancialmente por el poder, en su interior se forman también estructuras de poder: el autoritarismo, la jerarquía, la ideología. El partido único redundante en la jerarquización social.

No es casual entonces el gran respeto por Gramsci, por su importante atribución a la subjetividad. Ninguna emancipación viene de afuera, sino del diálogo de los intelectuales y la gente. La gente no tiene conciencia articulada sobre su situación. Con el diálogo, en cambio, se produce un movimiento.

A interlocutores como yo, ajenos al marxismo, les resulta particularmente interesante escuchar a un filósofo que vive en un peculiar país socialista afirmar que nadie puede ser hoy simplemente marxista en el sentido de interpretar a Marx. La reflexión marxista debe incorporar a otras escuelas contemporáneas. La teoría debe traducir una actividad práctica. En toda teoría hay algo crítico, pero la crítica suele ser únicamente de premisas o resultados; o bien se trata de una crítica de la sociedad que quiere modificar esta realidad, porque ser radical significa ir a las raíces, y las raíces son el hombre. Cuando se habla de cambiar las condiciones totales del hombre, no sólo puede

considerarse lo económico. Lo que la heterodoxia yugoslava encuentra es que en Marx existe el fundamento de esta teoría radical.

Por otra parte, en cambio, el positivismo, o la hermenéutica, por ejemplo, explican mejor que el marxismo, las formas del pensamiento. El existencialismo, a su vez, resistiéndose contra el determinismo, significa una apertura de posibilidades: la esencia humana no es una *a priori* dogmática.

Marcovic ha hablado de la libertad. En nuestra conversación retoma esta cuestión que se impone a quien reflexiona críticamente sobre el socialismo, que ha combatido al ocupante extranjero, y que sigue la lucha frente a la burocratización en su propio país.

Para que yo sea libre, dice Marcovic, debo tener al menos dos posibilidades abiertas en la situación objetiva; debo conocer esas condiciones, y en mi criterio debo tener autonomía de voluntad. Eso último es ignorado por el positivismo que no reconoce subjetividad alguna. Cuando las condiciones son impuestas, sólo hay ilusión de libertad. Se necesitan ideales normativos, educación, autonomía, para elegir libremente. Pero no se trata solo de elegir en libertad, sino también de actuar conforme con ello.

Nuestra conversación con Marcovic ha debido interrumpirse; pero hemos confirmado que este pensamiento tiene mucho que decir a quienes aspiran a una vida y a una reflexión sin dogmas.

R. A. Herra